

Desde Orereta hasta Minganchar

Los problemas de Rentería siguen ligados en la actualidad, como hace 2.000 años, a este río Oyarzun, que casi fué mar y no pasa de ser hoy un arroyuelo bullidor e indisciplinado.

Con anterioridad a la época de la dominación romana se conocía en Guipúzcoa el valle de Oyarzun, compuesto por cuatro barrios: Orereta, Alcibar, Elizalde e Iturrioz.

El primero de los cuatro estaba situado en la margen izquierda del río primitivamente llamado Oeaso, después Olearso, más tarde Olarso y por fin Oyarzun.

Plinio le llamó Olarzo y Celestino II, Olarzu.

A las numerosas familias del barrio de Orereta la proximidad del río, o mejor dicho del mar, les despertó la afición a la náutica. Antes que fabricantes de galletas y tejidos de lino, los renterianos han sido gentes de mar y constructores de bajeles. En un artículo publicado en la Revista Internacional de Estudios Vascos, el publicista e ingeniero don Francisco Azcue afirmaba que en los tiempos de la dominación romana las aguas del mar llegaban a unos dos kilómetros de Oyarzun. Después, por uno de esos caprichos que tiene el mar y que acaso no sean caprichos, las aguas se fueron retirando y Orereta se quedó a la vera de su riachuelo tumultuoso, que le ayuda de ordinario a trabajar, pero que como cualquier hijo, ni bueno ni malo, le da también algunas veces disgustos tremendos.

Iniciados en la industria del mar y de las herrerías, los de Orereta habían dado categoría principal a su barrio. Por eso cuando los habitantes de todo el valle pensaron en procurarse una vida orgánica y municipal, pidieron al rey Alfonso XI la creación de Villanueva de Oyarzun, en el término de Orereta, comprometiéndose a murarla y habitarla.

Accedió el rey a los deseos del valle y creó Villanueva de Oyarzun, dándole los fueros de San Sebastián. Se le entregó el título el año 1339. Los habitantes de los otros tres barrios—Elizalde, Alcibar e Iturrioz—quedaban obligados a acatar la justicia del de Orereta, convertido en flamante villa y cabeza del valle. Sin licencia de ésta no podrían aquéllos formar concejo ni administrarse justicia.

Esta preponderancia que ellos mismos habían buscado para Villanueva de Oyarzun, llegó al cabo del tiempo a humillarlos un poco. Les dolían a los de los barrios los progresos de la villa. No querían acercarse ni morar en ella.

Hubo a causa de estas rivalidades numerosos litigios y querellas, que el rey, como es natural, fallaba siempre a favor de la villa. Los de Alcibar, Elizalde e Iturrioz aceptaban el fallo, pero no lo cumplían.

En continua polémica llegaron la villa y los barrios al año 1490, en que ya Villanueva de Oyarzun ni siquiera se llamaba Villanueva, sino Rentería, porque en ella se cobraban las rentas reales. En ese año los

ariscos barrios de Elizalde, Iturrioz y Alcibar se desligan de la villa, constituyendo su concejo y dándose régimen municipal con el nombre de Valle de Oyarzun.

Para hacer honor a esas rivalidades históricas, los de Oyarzun y los de Rentería se han seguido mirando siempre con ese poco de reojo de los vecinos, o mejor dicho de los parientes enfurruñados.

* * *

A pesar de todo, Rentería había crecido ya tanto en 1499, que expuso a los reyes la necesidad de proceder al ensanche de la villa. Como éste ha sido siempre un buen tema para las pugnas locales, la opinión pública se dividió, porque mientras unos vecinos deseaban ensanchar la villa por un lado, la otra mitad quería estirla por el otro. Se crearon dos bandos a cual más intransigente. Pidióse a los reyes que nombra en árbitros y recayó el nombramiento en el alcaide de Fuenterrabía, don Juan de Gamboa, y en el licenciado y corregidor de San Sebastián, don Alvaro Porras.

Ninguno de los dos bandos daba con la solución del problema y la pendencia llevaba camino de no terminar nunca.

Un domingo bajó al pueblo un viejo montaraz y socarrón, lleno de gramática parda, que vivía en una covacha del monte Archipi. Se fué derecho a la taberna y no salió de allí hasta el anochecer. Oía las conversaciones de los parroquianos y se sonreía maliciosamente. El tema dominante era el del ensanche.

—¿Qué noticias hay?—preguntó el viejo.

—Nada, hombre. Los árbitros no fallan.

—Vosotros sois muy necios—replicó el viejo.

—¿Por qué?

—Porque os fiais de los demás.

—El alcaide es un hombre listo.

—El alcalde es un asno.

—¿Y el licenciado?

—Otro asno.

—Tú serás el sabio, entonces.

—Yo no soy sabio, pero lo que es eso ya lo habría arreglao yo, sí.

—¿Y qué ibas a hacer tú, hombre?

—¿Yo? Hacer el ensanche por los dos laos..., eso haría yo.

Causó mucha risa la salida. El viejo empujó otra vez el codo, se echó la blusa al hombro y dirigiendo a todos una mirada burlona se marchó al monte.

Al poco tiempo ya no había más que un bando, que pedía el ensanche por las dos partes. Y así se hizo, por la Magdalena y por el Matadero.

Lo que no pudo alcanzarse con el talento del alcaide y del licenciado, se alcanzó con la sabiduría de Minganchar (Mala lengua), que así se llamaba el viejo del monte Archipi.